

Editorial

Cuenta una antigua leyenda judía que en la última noche de la fiesta de los Tabernáculos, Hosanna Rabbab, el cielo se abre y aquellos que permanecen despiertos ven cumplido cualquier deseo que formulen...

En una noche como aquella, Hadassa pudo contemplar el estrellado firmamento de los persas esperando el milagro de que aquel cielo lejano se abriera para ella y se hiciera realidad su deseo: que una estrella bajara a iluminarla en su camino, que la ayudara a llegar a ser para los desterrados esa luz que, hacía tiempo, habían perdido. Hadassa aún no sabía que en su horizonte había otro nombre para ella y que se convertiría en esa estrella, llegando a ser su luz cuasi mesiánica, que rescataría de la tiniebla a todo un pueblo.

Ester es conocida junto a Débora, Yael y Judit como madre de la patria. Este dato nos resulta paradójico, pues de ninguna de ellas se nos predica la maternidad biológica; sin embargo, no resulta sorprendente, ya que en el mundo patriarcal la maternidad es el máximo predicamento para una mujer. Las mujeres bíblicas son esposas o madres y su estatus familiar o social ha de quedar claro, y mucho más si lo que se pretende es ser una heroína.

El libro de Ester no es un cuento de hadas y, aunque lleva nombre de mujer, no se trata de su única historia. Encontramos en él a malos que son muy malos, buenos que no lo son tanto, damas en apuros que se rebelan utilizando sus armas de seducción, reinas que llegan a serlo por su belleza y que destacan también por su astucia. La ironía es la nota dominante en todas estas historias, entre las que también es posible encontrar a un rey que padece insomnio y a un judío que tiene sueños, a una reina destronada por desobedecer y a otra que desobedece y no es castigada, y a dos dragones que luchan dentro de un sueño en el que hay un león... Y al final encontramos una luz, una fuente y una fiesta bulliciosa con muchos banquetes donde el vino fluye como el agua.

La historia de Ester es la historia de Vasti y la de otras muchas innominadas. Ambas son como dos caras de la misma moneda. La segunda se nos muestra como una nueva Lilit (la primera mujer de Adán, según la tradición rabínica), expulsada por no aceptar las condiciones que le venían impuestas en virtud de su género. Ser expulsada es el destino de la mujer que quiere ser libre, que desea expresar, decidir por sí misma, decir "basta". El destierro es el precio a pagar en pro de su libertad. Lilit y Vasti saben que la libertad es agridulce cuando se saborea en solitario.

Al final del Antiguo Testamento nos encontramos con esta joya literaria, cual caja de resonancia, en donde es posible recuperar los ecos de la gran epopeya del Éxodo, la hazaña de Moisés, los banquetes de la Pascua, los sueños de José, la belleza de Sara o Raquel, la esperanza mesiánica, ecos de mitos orientales como el de la violenta y bella Istar o el del dios Marduk.

¿Realmente no está presente Dios en esta historia? Su nombre parece haberse perdido en medio de otros libros del Antiguo Testamento, pero ¿no está acaso escrito en el silencio? ¿No es su voz la que escuchamos a través de los guiños del narrador, en la habilidad interpretativa del lector, en el motor que mueve a los personajes y acontecimientos? Suena en nuestros oídos la que se le dirigió al profeta Elías, la voz de fino silencio, la voz sin estruendos del Dios escondido, un apofatismo sólo aparente y voluntariamente intencionado.

En una noche estrellada de Tabernáculos, Hadassa, Ester pudo soñar despierta, y su sueño se cumplió antes del amanecer.

En este número de *Reseña Bíblica* hemos atrapado parte de ese sueño, intentando explicitar para ustedes lo que significa aquella luz, la de nuestra protagonista, que atraviesa nuestros artículos de principio a fin. Pero ella no dejará de ser un reflejo solamente virtual hasta que ustedes, asiduos lectores de esta revista, lean la historia. Entonces esa luz se tornará real. Éste es el deseo de cuantos hemos participado en este trabajo, que encuentren esa estrella y que les ilumine en la tarea de liberar nuestro mundo de tantos dragones que lo acechan. A ustedes está dedicado, y ustedes tienen ahora el testigo. Cosas de la magia... de la lectura.

Muchas noches estrelladas, muchos cielos abiertos en los que se hagan realidad todos sus sueños...

Demetria Ruiz López

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Demetria', with a large, stylized initial 'D' and a long horizontal stroke at the end.



AMBIENTE SOCIO- CULTURAL DEL LIBRO DE ESTER

Jesús Campos Santiago

Durante largo tiempo denostado desde el punto de vista de su historicidad, el libro de Ester se nos muestra hoy como una obra de gran valor, pues nos aporta información sobre la vida y costumbres persas, sobre la experiencia de los desterrados. A través de este artículo nos acercaremos a la religión persa, a las ciudades como espacios de encuentro, a los palacios como manifestación pública de poder, a la complejidad de la estructura administrativa y, sobre todo, a la fastuosidad de sus banquetes. Todo ello nos ayuda a reconstruir el ambiente socio-cultural de la historia que se nos cuenta en el libro y a considerarlo como pieza clave también desde el punto de vista histórico, tal y como demuestran los datos arqueológicos.

CON el inicio de la excavación sistemática de Susa, allá por el año 1897, comienza también la revalorización literaria de aquellos acontecimientos enclavados en ese contexto palaciego que recogen algunos libros del Antiguo Testamento, como es el caso ahora del libro de Ester. Demasiado tiempo enterrada y denostada su historia, reducida a ficción novelesca y desacreditada como obra histórica, Ester se abre paso de nuevo elegantemente con todo el esplendor y la magia que envolvieron un día la corte persa.

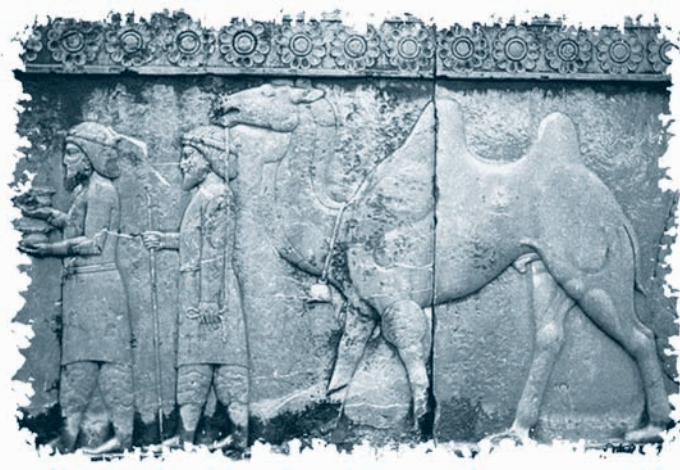
Una historia puesta por escrito con todo lujo de detalles desde finales del período persa (siglo IV a. de C.) hasta mediado el helenístico (siglo II a. de C.). Una obra preciosa llena de ricos y elocuentes elementos literarios y narrativos que hacen que la composición esté llena de ritmo y que su trama esté tejida entre fantasía y realidad. Como Judit, Daniel, José o Tobit, su pretensión primera no es histórica, sino más bien sapiencial y etiológica: mostrar la importancia del judaísmo en un momento de crisis y el origen de la fiesta de Purim como signo de la perenne alianza salvífica de Dios con su pueblo. Es, por tanto y antes que nada, un escrito religioso

(a pesar de silencios elocuentes al respecto) y teológico con apariencia profana y hasta con una cierta dosis de frivolidad y venganza cortesanas.

Independientemente de la discusión en torno a su datación y demás controversias literarias, Ester refleja muy bien numerosos aspectos de la vida social, política y cultural del imperio persa-aquemenida, caracterizado sobre todo por la fastuosa vida palaciega. No en vano, podríamos definir la obra que nos ocupa como una novela de corte o de palacio, una trama de banquete.

1. Los aqueménidas

PARA comenzar, es preciso recordar, aunque sea brevemente, el origen de la dinastía aqueménida. El final de la primacía meda llegó con Astiages (584-550 a. de C.), quien experimentaría al final de su mandato la sublevación de Ciro II (558-530 a. de C.), hijo de Cambises, nieto suyo. Antes de que sucediera esto, Teispes, hijo de Aquemenes, había dado a los persas un asentamiento definitivo en la región de Anshan-Parsah y Ciro I había logrado un



gran desarrollo y poder para la región de Elam y sus habitantes, lo que iba a provocar una posterior supremacía de los persas con respecto a los medos. El matrimonio entre ambas dinastías en las personas de la hija de Astiages con Cambises marcará la solución del problema con el advenimiento del hijo de ambos, Ciro II, conocido como “el Grande”, que unificaría las dinastías y comenzaría el mayor proyecto imperial de toda la historia: Persia. Tras un breve tiempo de gobierno de Cambises hijo de Ciro (529-522 a. de C.) le sucede Darío I (522-486 a. de C.), quien reorganizaría de nuevo el imperio y se enfrentaría de lleno contra Grecia y después contra Egipto. Demasiadas brechas para el éxito, que tampoco pudo afrontar Jerjes (486-465 a. de C.), sino mas bien al contrario: el imperio se convirtió todo él en un magma de intrigas, sobornos y corrupciones que se solventaban en el escenario del palacio. Éste será el monarca al que Ester denomina Asuero. Víctima de este ambiente pereció también el Gran Rey, al que sucedió Artajerjes I (464-425 a. de C.), quien con no pocas dificultades pudo firmar la paz con Grecia y con Egipto y atemperar el clima soliviantado de las satrapías del imperio a través de una simplificación y limpieza administrativas de las mismas. Darío II (424-404 a. de C.) será el primer testigo del declive persa y de la desmembración del imperio debido a las pretensiones autárquicas de las diferentes satrapías. Artajerjes II (401-358 a. de C.) no pudo con este movimiento ya irrefrenable en el que los sátrapas gozaban de un poder cuasi-dinástico en los territorios que administraban, y que en no pocas ocasiones se enfrentaron al poder central, muy limitado, víctima de las intrigas de harén. Su hijo Artajerjes III (357-338 a. de C.) obtuvo mayores resultados con respecto a la política exterior, especialmente con Egipto y la franja costera de Fenicia.

Ese interés militar por el sur y el levante hizo que el norte (Macedonia) recuperara poder bajo Filipo II. A este asunto Artajerjes sólo pudo hacerle frente mediante conjuras, sobornos y traiciones de palacio que, una vez más, se volverán contra él mismo. Su sustitución fue

motivo de numerosas incidencias alentadas por el eunuco de corte Bagoas, quien determinó finalmente que el trono del Gran Rey fuera ocupado por el sátrapa de Armenia Darío III (337-334 a. de C.). Éste sería el último monarca aqueménida que vio cómo el mayor imperio de toda la historia se deshacía y acogía al gran Alejandro como auténtico libertador de la decadencia persa. Con él comenzará una nueva página de la historia.

2. La organización social del imperio

EL vasto imperio estaba distribuido en regiones administrativas que solían oscilar entre un número de 20 y 23, administradas por dignatarios locales al servicio de la corte imperial. Junto a este sistema de administración también el imperio realizó una profunda reforma de los impuestos y tributos, unificando la moneda de uso en todo su territorio y como medio de pago internacional. Era el dáríco, una moneda de oro de igual peso que el siclo babilónico. Las satrapías estaban bien conectadas unas con otras a través de un desarrollado sistema de calzadas en las que abundaba una red de correos que aseguraba una rápida y eficaz comunicación e información imperiales. Baste citar la ruta real que comunicaba Sardes con Susa, una distancia de unos 2.400 kilómetros, que garantizaba la comunicación y aseguraba las mercancías de las caravanas mediante un permiso o salvoconducto supervisado por controladores de caminos (los que Herodoto llamaría *Hodofilakai*).

Respecto a la vida ordinaria dentro del imperio, hay que remitirse a las referencias que sobre la vida de los persas nos han llegado desde el mundo griego. Herodoto dice de ellos que les gustaba jactarse de ser veraces, justos y gente de palabra. Eran grandes y exquisitos bebedores. En sus mesas, por lo general menús muy fuertes, hacían espacio para un amplio consumo de frutas y dulces, y las sobremesas, aderezadas por la discusión y la distracción

entre los comensales, eran muy prolongadas. Eran refinados en sus costumbres higiénicas, que se percibían muy notablemente en los banquetes.

Respecto a la educación, Jenofonte y Estrabón refieren que había una discriminación sexual en lo pedagógico. Los niños varones recibían una esmerada educación que comenzaba al separarlos de sus madres o cuidadoras a la edad de cinco años. No volvían a tener relación con las mujeres hasta que se completaba su formación a la edad de veinte años. Esta educación comportaba una formación estricta y diaria, y abarcaba los ámbitos intelectuales y físicos, entre los que destacaba la instrucción castrense, enseñándoles a ser excelentes jinetes y mejores arqueros. Amantes de la tolerancia, vivían un sincretismo pragmático en todo aquello que consideraran bueno. Cultivaban las relaciones exteriores en materia de intercambio económico y sobre todo cultural. Tenemos datos de las aportaciones hechas a la corte del Gran Rey por Hecateo de Mileto y Demócedes de Trotona. Parece que primordialmente no aceptaban en su seno la esclavitud y que ésta se fue incorporando en tanto que las oligarquías persas asentadas en Babilonia y Egipto adoptaron esta estructura social que les garantizaba el cuidado de sus extensas propiedades.

Todo lo hasta ahora expuesto se refiere, claro está, a las capas nobles. El resto se tendría que ocupar de intentar sobrevivir en el ejercicio del comercio, la caravana, el ganado o la agricultura. Existía un cuerpo de trabajadores en obras públicas formado por un peculiar sistema de organización étnica (población sometida al imperio) que actuaba de modo familiar en cuadrillas de trabajadores. Eran los *Kurtash* y los *Garda*, los encargados de realizar los diferentes trabajos que encomendaba el monarca a través de los dignatarios de la administración persa. A cambio recibían una soldada en especie y en metálico. Progresivamente se fue fragmentando la sociedad imperial como fruto de la diversidad demográfica en las distintas regiones del mismo y de las diferencias existentes entre la población meda y la persa.

La sociedad persa estaba estructurada en cuatro grandes grupos: la aristocracia noble, los guerreros, los ganaderos y finalmente los artesanos. El derecho se regulaba mediante la progresiva publicación de decretos reales que era preciso cumplir y acatar. En el ámbito de las ciencias destacaron sobre todo en la medicina y en la astronomía, disciplinas que se desarrollaron con un gran componente de tipo mágico y religioso. Los persas desarrollaron grandemente las artes, sobre todo la arquitectura e ingeniería, así como el dominio técnico del bajorrelieve (Behistoun) o las artes decorativas en cerámica y orfebrería. La música, instrumental y vocal, desarrollada a la par del banquete y del palacio, junto con los juegos de mesa, fueron también logros persas, aunque entre todos los divertimentos cortesanos destacaban la práctica de la caza y la equitación.

3. La religión persa

HASTA la incorporación del zoroastrismo como religión oficial expresada en el Avesta y de la organización del panteón persa por Artajerjes II en la tríada divina de Ahura Mazda, Mitra y Anahita, diremos que el sustrato anterior era politeísta y tribal, en el que destacaba el papel ejercido por los Magos. Se distinguían en un primer momento diferentes clases de dioses, diferenciados entre los “Ahuras” (señores celestes) y los “Daevas” (divinidades creadas), de donde surgirán los demonios. La labor ejercida después por el zoroastrismo simplificará los primeros en Ahura Mazda como principio creador y dios supremo. Desaparecerán los Daevas, puesto que Ahura Mazda engendrará dos espíritus activos, Spenta Mainyu (benéfico) y Anra Mainyu (maléfico). Ahura Mazda se irá haciendo aún más poderoso en tanto que absorbe a los elementos abstractos y a antiguas divinidades, entre las que destaca “Asha” (luz), y con el tiempo asumirá también al propio espíritu benéfico, quedando sólo como ser distinto y rival a Arimán, que, por supuesto, estaba destinado, tarde o temprano, a ser vencido por él.

La escatología irania influirá muy poderosamente en la religión judía.

4. *El palacio*

ENTRE todos los aspectos por los que destacó el imperio persa, hay uno que le caracteriza sobremedida, y es el referido al funcionamiento administrativo y de la corte. En este sentido, la ciudad cobra su importancia, y dentro de ella el palacio. Persia funciona merced a una red administrativa inusitada y a un notable desarrollo urbano. Las ciudades reales eran concebidas como espacios de encuentro. Se construían en medio de las llanuras, que eran arropadas por los asentamientos de los grupos nómadas que por diversos motivos acampaban en torno a las residencias reales (festivales religiosos, audiencias, celebraciones, etc.). Dentro de la tipología de la residencia real o palacio, éste no contaba con una construcción religiosa específica, un templo. Toda ella tenía un carácter sacral, en tanto que daba cobijo al monarca. El palacio se concebía como una manifestación pública y visible del poder del “Gran Rey”, razón por la que no se escatimaban medios y recursos para que el resultado final resultase altamente lujoso y fastuoso y ello provocara la admiración y el reconocimiento de dicho poderío.

La construcción se realizaba, por tanto, sobre una serie de superficies, a modo de terrazas a diferentes niveles, sobre las que se construían las diversas instalaciones palaciegas, de grandes proporciones y magnificencia. Elemento importante era la puerta monumental, ricamente ornamentada, que daba paso de la meseta al interior del recinto y suponía una frontera natural y humana. Estaba custodiada por grandes esculturas de animales que protegían y visibilizaban aun si cabe mejor ese poder al que hemos aludido. Normalmente solían ser toros adornados con atributos de realeza o seres fantásticos a los que se les añadían elementos simbólicos (cuerpos de mamíferos alados, androcéfalos...). Estas terrazas y espacios estaban

comunicados entre sí por numerosas y prolongadas escalinatas monumentales, profusamente decoradas con relieves o bajorrelieves realizados directamente en la piedra. Dentro del palacio, las salas estaban adornadas con todo lujo de materiales, sobre todo el ladrillo de color y la madera con incrustaciones de materiales nobles. Eran enormes salas llenas de esbeltas columnas que sostenían techumbres de elaborada decoración, y todo ello creaba una atmósfera cromática sin igual que impresionaba al visitante. La sala de audiencias, llamada Apadana, era el espacio más singularmente cuidado. Toda la decoración cumplía una función propagandística a propósito de la grandeza del monarca y el poderío del imperio.

De todos los complejos reales hay que subrayar el papel ejercido por cinco de ellos: Susa y Babilonia eran ciudades administrativas de entidad incluso antes del imperio; eran, por tanto, “ciudades heredadas” de reconocido renombre. Caso aparte es el de Pasargada, que fue fundada por Ciro el Grande como lugar emblemático en el que se realizaban las coronaciones y entronizaciones reales. Ecbatana, por su peculiar situación geográfica, era tenida como residencia estival de la corte. Finalmente Persépolis era el magnífico escenario en el que discurría el festival del año nuevo.

En todas ellas, las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz, aunque de modo fragmentario y desigual, vestigios y ruinas que manifiestan la suntuosidad y el refinado gusto que acabamos de mencionar.

Dos aspectos caracterizaban a la corte persa. El primero viene dado por su movilidad, de una ciudad a otra. Los cortejos eran majestuosos, ya que no sólo se trasladaba el Gran Rey, sino también toda su corte, soldados, altos funcionarios y dignatarios, concubinas, eunucos y demás servidores de palacio. El segundo es el banquete como expresión del poder persa. Éste aspecto queda sobremedida denotado en el libro de Ester. Una estructura y un protocolo muy detallados y complejos en sus acciones y

5. El palacio de Ester: Susa

protagonistas. Conforme Ctésias, Heráclides y Dinon testimonios por Ateneo (*Banquete de los eruditos* II, 48f; 145b/e/f), los banquetes eran seguidos por multitud de invitados. El propio Polieno refiere que Alejandro se hacía servir la comida y la cena al modo persa, conforme las reglas y recetas dadas por Ciro (*Estratagemas* IV, 3,32; Estrabón, *Agricultura* IV). El personal de cocina era numerosísimo, así como el del servicio de la sala, que era cualificado y jerarquizado rigurosamente, entre los que destacaban los escanciadores o coperos (Jenofonte, *Cirope-dia* I, 3,8-9). Antes de servir, todos se bañaban y vestían una sencilla túnica blanca. El protocolo era muy riguroso. Los invitados no cenaban todos en presencia física del Gran Rey. Unos lo hacían de pie y fuera de la sala, y otros lo hacían dentro pero en un lugar diferente al monarca. Era el Gran Rey el que escogía quiénes serían sus comensales entre estos invitados. Con todos organizaba un symposion, es decir, bebía con ellos y, después de comer o cenar el monarca, aquellos elegidos como comensales eran llamados por un eunuco. Se les entregaba a beber un vino diferente al del rey y se les daba una porción de la comida que podían consumir allí o llevarse al final del banquete para su casa (Elieno, *Varia Historia* II, 17). El resto de la comida era repartida entre la tropa militar. Tras esto tenía lugar una larga y prolongada velada de música, danza, discusión, etc., a modo de sobremesa. Todos estos datos son recogidos por Ateneo (*Deipnosofistas* IV, 145a-f/146a; Herodoto, *Historia* IX, 80; Jenofonte, *Cirope-dia* V, 2,7).

Todo este proceder tenía lugar en la amplia sala habilitada para ello. Se decoraba con alfombras y se disponían las camas sobre las que se comía reclinado. Destacaba el trono del Gran Rey, por lo general con dosel y precedido de incensarios donde se quemaban perfumes y resinas. Detrás del monarca estaban los colaboradores y sirvientes más estrechos y de confianza suya en lo político y en lo personal. Un banquete no era una audiencia; era incluso una herramienta política más delicada que aquélla.

ESTÁ situado entre la meseta mesopotámica y los montes Zagros, en la actual provincia de Khuzistán, es decir, la histórica tierra de Elam. Conocido el enclave desde el segundo milenio, se sabía de su existencia como un lugar estratégico de la ruta real. Británicos y franceses repararon en el lugar desde mediados del siglo XIX y se comenzó a excavar de forma regular por estos últimos desde 1898 para evitar el saqueo de los vestigios por las poblaciones tribales de la zona. Destacan sobre las dos colinas, por un lado, la acrópolis, en la que no hay apenas vestigio del período persa, y, por otro, la denominada villa real, aún en proceso parcial de excavación, en la que abundan restos a partir del período helenístico. Al norte de ambas colinas destaca la estructura que cobijó el magnífico palacio aqueménida de Darío, en el que sobresale el Apadana, con sus esbeltas y genuinas 72 columnas de 20 metros de altura. Al otro lado del río Shaur, al este, se descubren los restos del palacio de Artajerjes II.

El palacio de Darío estaba construido sobre tres estructuras de terraza que se comunicaban entre sí y en las que se organizaban la fortaleza, el palacio y las zonas residenciales. Esta estructura ocupaba unas 12 hectáreas y se accedía a ella por una puerta monumental de una altura de unos 15 metros. Se calcula que fueron necesarios para la construcción de esta plataforma algo así como medio millón de metros cúbicos de material. La carta de fundación de este palacio (DSf), además de la grandiosidad de las proporciones, recoge sobre todo la enumeración de materiales utilizados y todo lo relativo a las listas de obreros que trabajaron en el proyecto. Se destaca el hecho de que los ladrillos fueran hechos por especialistas babilonios. Asirios y jonios trajeron la madera del Líbano. El oro fue traído de Sardes y Bactriana. La plata y el ébano, desde Egipto. El marfil, de Etiopía. Darío I se procuró primeros profesionales y materiales de primera para la obra de este palacio, que marcaría, junto a Persé-